

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

A PROPOSITO DE UN AFORISMO

EL LIBRO Y SUS ENEMIGOS

La observación, bastante conocida, es de Paul Valéry. El libro tiene los mismos enemigos que el hombre: el tiempo, la humedad, los bichos, el tiempo y su propio contenido. Dentro de su inevitable perentoriedad de aforismo, la enumeración resulta tan correcta como exhaustiva. Cualquiera añadido que pudiéramos imaginarle ya queda previsto —de algún modo— en el enunciado. Y, si bien se mira, el «enemigo» definitivo, el peor, el más enérgico y eficaz, es lo que el distinguido poeta francés llamaba «su propio contenido». Desde luego. Porque las demás hostilidades, fuego y humedad, bichos y tiempo, siempre tienen previsión o remedio, según los casos: para el hombre y para el libro. Por supuesto, todo acaba por extinguirse: digamos «morir». El hombre más pronto que el libro, pero también el libro. Ciertamente, la humanidad —las generaciones humanas— se aferra a algunos libros, los convierte en tótems, y así aguantan sus posibilidades de subsistencia: para nosotros, por ejemplo, la Biblia, los papeles de Platón o de Aristóteles, algunos poemas complementarios. Pero el «mot d'esprit» de Valéry no iba por este lado. Cuando él se refería al «libro», designaba genéricamente al paquete de hojas lleno de escritura, a secas, importante o no por valor intelectual, obra vulgar o de genio. Esa «materialidad» a la que ponemos el nombre de «libro», más duradera que el hombre —como más duraderos son las sillas, las casas, los grifos, las tijeras, las hoces—, también es un objeto precario, pasajero, fungible...

Y, perdonen ustedes la insistencia, «por su propio contenido», más que nada. Como ocurre con el hombre. El hombre, poco o mucho, ha logrado eliminar, o cuando menos paliar, los efectos del fuego y de la humedad. Los «bichos»... Bueno: con los «bichos» convendría hacer una distinción. Los tradicionalmente peñosos, fieras voraces o con veneno, insectos nocivos, la rabia del perro, han encontrado, de momento, una razonable vigilancia, que casi los convierte en pura inanimidad, estadísticamente hablando. Pero, con una obvia amplitud de criterio, podríamos incluir entre los «bichos» numerosas desgracias físicas que aquejan al vecindario: bacilos, virus o como los especialistas preferían. También aquí cabe alegar la ventaja sistemática, creciente, de los recursos redentores: la Medicina. La Medicina, hoy por hoy,

no es un curalotodo, aunque sí un curabastante. Y algo que no cura, ni quizá cure nunca, es el tiempo: el deterioro fatal de los años, la vejez. Las multitudes contemporáneas disfrutan de una longevidad notoriamente apreciable. Ahora hay más ancianos que en cualquier otra época de la historia, si descartamos las hiperboles de Génesis. Algo es algo, de todos modos... En cambio... El «propio contenido» sigue siendo tan «suicida» como siempre, y aún más, si se me apura en la opinión. A nivel individual y a nivel colectivo. Nosotros —nuestro «propio contenido»: ideas y conductas, conductas sostenidas por ideas— constituimos la más feroz enemistad que padecemos. Desde el exceso personal en una bebida o una droga, o en la dieta, hasta la carretera criminalmente dramática, pasando por las guerras, las torturas y las famosas «contaminaciones». Etcétera.

El asunto del libro es parecido. De ahora en adelante, ni el fuego ni la humedad serán decisivos, en la medida en que el uno —sobre todo el fuego— y la otra puedan ser «accidentales». Las bibliotecas públicas y las casas particulares están relativamente preparadas para resistir estos ataques espontáneos. Contra la polilla impenitente se han inventado aerosoles muy plausibles, y el tiempo, implacable, encuentra una contraofensiva útil en el coleccionismo de los bibliómanos o en la simple ética científica de las instituciones encargadas de estudiar cualquier forma de pasado. Lo del «propio contenido» ya es otro asunto. El permanente, más o menos descarado, limpio movimiento de agresión al «libro», procede del mismo «libro». Valéry ponía el dedo en la llaga. A base de libros es como se fragua la conspiración contra el libro. Cuando un grupo de cruzados de la Causa —y Valle-Inclán y los carlistas «proores» me perdonen el abuso del vocabulario— asaltan una librería y le prenden fuego, no es «el fuego» lo que origina la catástrofe: es otro libro. Toda maniobra contra los libros procede de otro libro. Y la presunta paradoja se explica por sí sola. El analfabeto raramente ha atacado al libro, y, además, cuando tomó la iniciativa, el libro no era para él un verdadero «libro» —él no sabía lo que es un libro—, sino un talismán o un arma de la clase dominante: un fetiche, en última instancia. Únicamente los que saben leer, y porque han leído, se atreven a

quemar libros con plena conciencia. Han leído libros, y han descubierto lo que puede el libro. Por eso están predispuestos a la pira.

Teme al libro quien sabe lo que es un libro. El procedimiento de la destrucción es «a posteriori»: cuando el libro está en las librerías, circula, se lee. Hay otros medios de impedir que el libro sea un libro, y siga su curso, y cumpla su misión: su función, si ustedes quieren. No entro en este aspecto del problema, complejo y vidioso, que involucra a las oficinas administrativas y a los consejeros de editoriales privadas, por igual. Pero el libro, una vez confeccionado y repartido, siempre es un soporte de opinión o de noticia. Su dinámica «intrínseca» será, por definición, contradictoria. Cuando inventaron la «prensa» —Gutenberg o quien fuese—, la «prensa» exigía libertad. Y, como siempre, libertad «para lo bueno» y «para lo malo». Lo malo y lo bueno son conceptos a discutir, y una plataforma de discusión es el libro. De ahí que el libro haya sido inmenso, desde el primer día. «Comienzan por quemar libros, y acabarán quemando hombres», rezongaba Erasmo de Rotterdam, según dicen, un conspicuo promotor de libros. Para quemar libros, los dispositivos de la piromanía burocrática tuvieron, en su momento, unos libros orientadores: el «Directorium» del reverendo Eymerich o los «Índices» de la Suprema, y valgan las referencias locales. Son muchos, muchísimos. Los libros que se han escrito y publicado, cuya intención, en el fondo, era y es impedir que se escribieran y publicaran los demás libros: todos los demás. «Desconfiad del hombre de un solo libro», decía san Agustín de Hipona.

Cada libro implica otros libros. Sin ellos, y excluyéndolos, ya no será libro, sino espada, tea o cadena. No importa la coloración ideológica de donde proceda la maniobra: blanca o negra, roja o azul, o «gris». Lo valioso del libro es que se presenta como una baza de razón, y sin miedo a la réplica. La partida acabará —nunca acaba, ¡ay!— como sea, pero el planteamiento ha de ser éste. Insisto: el libro que no admite la compañía contradictoria de otros libros, lleva en sí, entre sus argumentos, un garrote. Y, naturalmente, hay libros que, de entrada, ya constituyen la apología del garrote. Tales textos y sus inspiraciones, descansan so-

bre una actitud a la vez imperativa y solitaria —solitaria por imperativa, al fin y al cabo—: sobre el vacío. No hace falta llegar al extremo del libro para advertirlo: todos los «medios de comunicación» habituales se asientan en idéntica premisa. Se comprende la tristeza de ciertos ambientes culturales, de determinadas tarimas de vociferación o de explicación, cuando en su raíz se agazapa el propósito sectario. A la corta o a la larga, la sociedad paga sus consecuencias. Y más todavía, si se da un paso adelante, y se cumplen los proyectos de acogotamiento sistemático. Parodiando un eslogan televisivo, convendría recordar que «cuando un libro se quema —lo quemamos—, algo de todos es la víctima», y lo de menos es el título del libro-combustible, su autor, el aire de su portada, su mensaje, la tienda donde lo expendemos...

Por lo demás, los pirómanos se engañan, si creen que con el auto de fe resuelven «su» problema. Aunque consiguiesen reducir a cenizas toda la bibliografía que ellos juzgan disolvente y calamitosa, y sólo perdurasen los «buenos libros» —de derecha o de izquierda—, tampoco habrían obtenido una garantía serena. Los mismos «buenos libros» se les convertirían en fantasmas amenazadores. Y hasta más de un individuo de los mezclados en la agresión, embaldado a pensar por su cuenta, tal vez llegase a escribir un libro que a sus colegas ya no les parecería tan «bueno», y caería bajo el anatema incendiario. Los fanáticos no toleran discrepancias, y, de hecho, sin desearlo, cada fanático está destinado a ser discrepante... La historia de las confesiones religiosas es muy ilustrativa, a este respecto: el hereje se opone a la ortodoxia, y a la herejía le salen, a su vez, nuevos herejes; como a la ortodoxia le asaltan, cada día, ultraortodoxias tan impertinentes o más que la pura herejía, porque herejía son. Eso ha pasado toda la vida. Y es natural. La palabra vehicula estas efervescencias: la palabra impresa, y en forma de taco de papel, o sea el libro, es su manifestación ordinaria en el mundo en que vivimos... Con los libros no se puede jugar. O se soportan «todos», o se queman «todos». Con la hoguera total podríamos instalarlos en la caverna atávica...

Joan FUSTER

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

LA HISTORIA RESUCITA

HA sido algo así como el «Ha muerto el rey. ¡Viva el rey!».

Hace poco más de un año moría Ferrán Soldevila, cerrando el ciclo de desaparición de los tres formidables historiadores —Vicens Vives y Ramon d'Abadal fueron los otros dos— que no sólo nos han legado una vasta, minuciosa, varia y sólida imagen de Cataluña, sino también una nueva forma de ver España: los trabajos de Vicens y la «Historia de España» de Soldevila, con su óptica económica y plural el primero, con su visión periférica el segundo, son insustituibles para acercarse a la imagen de España, tan machaconamente forjada según discutibles, y discutidos, patrones imperiales. Al casi mítico adalid de esta tendencia, Menéndez Pidal, le oí una conferencia sobre Carlos V, a finales de la década de los cincuenta y en el isabelino casino de una ciudad provinciana, ante un numeroso público tan ignorante como beato. Salí con una impresión deplorable: la interpretación que daba del Emperador y de su España, a parte de lo tendencioso que era, es una de las cosas que más ha enturbiado la vida colectiva de esta Península Ibérica. Con ello no pretendo apedrear los méritos de Menéndez Pidal, que los tuvo y de elevado nivel. Sólo quiero reiterar que sin los enfoques de Vicens Vives y de Soldevila, la historiografía española queda coja y hasta considerablemente desvirtuada.

Desaparecido Soldevila —póstumamente salió su excelente edición de «Les quatre grans cròniques», colosales testimonios directos, a los que en España sólo pueden compararse una serie de cronistas e historiadores de Indias, doscientos años más tarde—, parecía que la historiografía catalana entraba en una fase de lasitud, ya que los discípulos de Vicens y en parte de Soldevila se habían limitado a una relativa acción universitaria y a una igualmente relativa publicación de trabajos de limitado objetivo. Quiero decir que en ningún caso había surgido el equivalente, en volumen y calidad a juzgar por lo editado, de la labor llevada a cabo en el campo de la prehistoria por un Miquel Tarradell.

Y, de golpe, han aparecido en las librerías algunos importantes mamotretos, que vienen a restablecer el equilibrio y, creo, a augurar un futuro con un previsible interés historiográfico comparable al del ayer inmediato. Poco antes de la muerte de Soldevila, ya Alfons Cucó había dado a las prensas, en Valencia, un libro apasionante sobre un tema que conocíamos sólo nebulosamente: «El valencianisme polític, 1874-1936». Ahora, durante el pasado curso, cuatro son las obras de primera magnitud que han salido, y quizás alguna otra más que me ha pasado por alto, y sin por ello querer afirmar que el resto del panorama historiográfico no deba ser tenido en cuenta. Lo que ocurre es que la marcha habitual de esta rama cultural ha registrado en el espacio de pocos meses un súbito y muy notable enriquecimiento, fruto de años y años de hurgar en silencio.

Me refiero a «La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820», de Josep Fontana; a «Anarquismo y sindicalismo en

España. La primera internacional, 1864-1881», de Josep Termes; a «Lliga Catalana», de Isidre Molas; y a una extensísima bibliografía sobre el movimiento obrero en los Países Catalanes —que sólo he visto por los forros, pero de la que tengo referencias directas—, dirigida por Emili Giralt, con un equipo formado por Albert Balcells, Alfons Cucó, Eva Serra y Josep Termes. Este grupo, además —o cas, todo él—, es el que se mueve en torno a «Recerques», publicación más o menos monográfica, cuyo primer número salió en 1970, y que hará un par de meses ha ofrecido su segunda entrega. En ambos volúmenes el tema de Cataluña moderna ha sido enfocado, bajo diferentes aspectos, por Pierre Vilar —seguramente el guía más decisivo para los historiadores catalanes después de Vicens—, Irene Castells, Ernest Lluch, Ramon Garrabou, Jaume Torras, Jordi Rubió, Alan Yates, Núria Sales, Josep M. Bricall, Joan-Lluís Marfany, Borja de Riquer, Pere Gabriel, Annalisa Corti —cuyo artículo es de un delirante sectarismo ideológico frente al tema que pretende analizar—, Francesc Roca, Antoni Montserrat, Jacint Ros y Francesc Cabana, además de Termes, Fontana, Balcells y Molas.

«Recerques» no es solamente una publicación «histórica». Su objetivo es el de ser conducto de esta meta ideal de la historiografía actual: la historia «total», en la que diplomacia, economía, cultura, geografía, estadística y hasta psicología si un día es factible, batallan y batallarán en la búsqueda de la imagen del pasado que más garantías de fidelidad pueda tener con lo que realmente aconteció. El tránsito de este camino superará el antagonismo que entretó a la historiografía tradicional, apoyada en lo diplomático, y la que comenzó a rebullir veinte años atrás, la economista. Ambas tendencias llegaron a plantarse mutuamente cara con marcado extremismo. Pero sin la dureza con que presentaron sus bases los economicistas, ¿hubiera sido posible remover las aguas tradicionales y ampliar las perspectivas? Lo dudo. La metodología «totalizadora» arroja resultados mucho más rigurosos al partir de una visión más eléctrica aunque siempre servida, como es natural, desde el punto de vista de la especialización de cada autor. Porque por eclecticismo o totalización no debe entenderse una especie de irresponsable encrucijada cósmica, en la que cada autor se erija en «ojo divino», juez a mansalva.

Haciendo un inciso, quiero anotar este vacío que aumenta al paso de los años en relación a la historiografía literaria, o cultural, y que señala directamente al doctor Jordi Rubió: ¿por qué no ha sistematizado sus archivos, sus trabajos dispersos, su gran magisterio?

Los libros de Molas, Termes y Fontana, y el dirigido por Giralt, constituyen sin duda el hito cultural del curso 71-72. En literatura, por ejemplo, no ha aparecido un grupo de obras de consistencia comparable. El año literario fue «normal». La revista «Serra d'Or» ha concedido sus premios Crítica correspondien-

te al 1971: a Salvador Espriu el de Poesía, por «Setmana Santa»; a Manuel de Pedrolo el de Novela, por «Situació analítica»; a Tomás y Teresa Pàmies el de Memorias, por «Testament a Praga»; a Alexandre Cirici y a Joan Coromines el de Ensayo, por sus respectivas obras «Miró llegit» y «Lleures i converses d'un filo leg»; a Maria Aurèlia Capmany el de Teatro, por «L'ombra de l'escorpi». Bien; ninguna de estas obras, dejando ahora al margen su evidente calidad intrínseca, aporta nada nuevo a la personalidad de su autor ni su conjunto puede considerarse como avanzadilla de una etapa renovadora. Es lo contrario de lo ocurrido entre los historiadores. Con la particularidad de que la edad de éstos oscila entre los treinta y los cuarenta años, y la de aquéllos va de los cincuenta y pico a los casi setenta.

No voy a hacer la crítica de los libros de historia. No soy ni crítico ni historiador, aunque esta rama cultural sea la que más me interesa después de la que practico yo, la literatura de creación. Del mismo modo, en las artes escogería la pintura. Sólo quiero hacerme eco de una evidencia: hasta la aportación de Fontana, temo que la época de Fernando VII, y todo lo que significa en lo económico, político y estructural en el Poder español la liquidación del Antiguo Régimen y la Península que se configura a partir del altibajo de la invasión napoleónica, haya sido reconstruida de un modo fragmentado, laberíntico, y a partir de concepciones de una erudición y una ideología más arcaica y emocional que científica. Fontana ordena y explica con rigor.

Evidencia ésta aplicable a Molas y a Termes. La Lliga ha sido uno de los países del tripo de la Cataluña del siglo XX. Los otros dos, a grandes rasgos, podrían ser el obrerismo, bajo la bandera de la CNT, y el progresismo liberal, de corte más bien intelectualista —y no empleo este término con desprecio: este obrerismo que desprecia a los intelectuales me parece tan idiota como la operación hecha a la inversa—. Con los dos tomos de Molas, sabemos finalmente, y opino que con objetividad, lo que fue la Lliga, que ni salvó al país ni fue su ruina, aunque a partir de la muerte de Prat de la Riba su actuación deje mucho que desear, muchísimo. En cuanto a Josep Termes, quizá su estudio puede incluso ser menos apreciado hoy de lo que, a mi entender, lo será mañana. El anarcosindicalismo, que ha sido tan tremendamente importante, contaba con una parca bibliografía: la hecha desde dentro, poco rigurosa, y la confeccionada desde fuera, en general pavorosamente indocumentada, con frecuencia despectiva, y sólo en algunos casos —Balcells, Martí, Seco...— de notable y seria utilidad. Termes, además de montar su libro, excelente, abre un gran portallón.

En fin, es agradable tener, de vez en cuando, impresiones optimistas.

Baltasar PORCEL

**SU FUTURO DEPENDE DE USTED
PREPARELO ESTE VERANO EN
CENTRO CATALAN COMERCIAL**
Rambla de Cataluña, 3, 1.º

Contabilidad, Secretariado, Taquimecanografía, Cultura General, Caja y Bancos
Aprobado en el tiempo récord de 3 a 6 meses. Infórmese en los teléfonos
números 232-16-85 y 231-58-77

T.V. 19" MARCONI
Precio total. 4.500 Ptas.
2 años garantía
SATEL
Rda. S. Pablo, 46, tienda

PERFILES DE ALUMINIO

AMPLIA GAMA
Consultar precios
GRANDES ALMACENES



TARRAGONA

Sepúlveda, 150. Teléfonos 243-52-16 y 224-25-19